

de esa candidatura, si esa candidatura pudiera triunfar, seria para la Francia la señal de nuevos y mas terribles incendios, atizados por la mano incendiaria de la Inglaterra. Y dejo á Vd. calcular cuál seria la influencia de tan gran suceso en los destinos futuros de la Europa.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS,

PARIS 1.º de Octubre de 1851.

Muy señor mio: La situacion, á medida que van pasando los días, se hace aquí mas confusa y mas peligrosa, Las disidencias entre los partidos son cada dia mas hondas; la disolucion interior de todos y de cada una de ellos, mas rápida y mas visible: la desconfianza en sus propias fuerzas es un síntoma comun á todos; y todos han perdido ya hasta la fé en sus doctrinas. Los que se dan á sí propios el nombre de hombres de Estado, no son sino intriguantes; y nada hay tan digno de admiracion, y aun puede decirse de espanto, como el espectáculo que ofrece esta sociedad, suma de todas las contradicciones posibles: nada iguala en ella la pequenez de las intrigas sino la grandeza de las catástrofes; como si Dios quisiera demostrar á las gentes que las últimas son obra suya, y las primeras, de los hombres.

Ya hé dicho á Vd. otras veces cómo y por qué se habian ido disolviendo todos los partidos monárquicos, hasta el punto de formar un gran vacío entre la revolucion y el Presidente. El interés supremo consiste hoy en la lucha entre estas dos fuerzas sociales. Si tiene Vd. presentes mis anteriores cartas, verá que mi opinion invariable en este punto ha sido siempre que el tiempo trabajaba por cuenta de la revolucion, y que el Presidente no podría salir

vencedor de la accion revolucionaria del tiempo, sino por medio de una invencible osadía. El intento de reformar la Constitucion legal y pacíficamente, me pareció siempre vano: las obras que levanta la revolucion, no han caido nunca, ni caerán jamas sino á impulsos de la fuerza.

Ello es verdad que desde hace un mes, y aunque nadie hasta ahora lo ha dicho, el Presidente piensa en un golpe de Estado: el público guardó silencio, por ignorarlo, cuando ese pensamiento existia; y apenas ha dejado de existir, cuando ha llenado los aires de rumores. La verdad es que hubo ese pensamiento, cuando el público estaba ocupado en otras cosas; y que cuando el público comenzó á ocuparse de él, era ya un pensamiento abandonado.

El Presidente no ha retrocedido por falta de valor personal, sino por falta de auxiliáres. Consultado el General Magnan, que manda la guarnicion de Paris, contestó que no respondia de las tropas de su mando: consultados los Ministros mas aficionados al Presidente, le negaron su cooperacion en cosa tan grave. Grande sería el error de Vd. si creyera que esta conducta tiene su origen en el amor santo de la legalidad, que, considerada en sí misma, es una cosa santa y augusta: la esplicacion de este fenómeno está en la vileza de las almas, que en esta sociedad es tal, que hace imposible todo esfuerzo héroeico en el camino del bien como en el camino del mal, y que imposibilita el crimen comò la virtud, si tiene algo de extraordinario y de grande. Los franceses, amigo mio, saben muy bien que es forzoso morir, y se van resignando á la muerte: la única plegaria que dirijen á Dios, es la de morir tranquilos. Yo dudo mucho que Dios oiga su plegaria.

Sea de esto, empero, lo que quiera, el hecho es que por ahora se ha hecho de todo punto imposible un golpe de Estado. Ahora bien: cuanto mas se retrasa, tanto mas se imposibilita este golpe: y llegará un dia, y ese dia no está lejos, en que pensar en él sea, no solo imprudencia, sino tambien locura.

Siendo este el estado de las cosas, es claro que, eclipsada ya la estrella de todos y de cada uno de los partidos conservadores, comienza ahora el eclipse de la estrella del Presidente: de donde

va á resultar lo que yo he temido desde el principio, y lo que no he dejado de temer: que la de la revolucion resplandecerá al fin sola en el firmamento de la Francia.

La reunion de la Asamblea Nacional en los primeros dias de Noviembre, acelerará la esplosion de las catástrofes que se acercan. Lo probable es que el Presidente dirija á la Asamblea un manifiesto, reducido á decir que él no puede salvar la sociedad, y que la Asamblea la salve: lo probable es que la Asamblea, para salvarla, se ocupará de la cuestion ardentísima del alzamiento del destierro de la familia de Orleans; de la cuestion insoluble de la revision de la Constitucion; de la ley de 31 de Mayo, que lleva escondida la guerra civil, y del modo, tiempo y forma en que ha de ser elegida la futura Asamblea, que no será elegida, ni en la forma, ni en el tiempo, ni en el modo, ni de la manera que la presente tenga á bien decretar, sino como otra potestad mas alta, que dirige hoy palpable y visiblemente las cosas del mundo, tiene ya decretado.

Vd., con su sagacidad habitual, adivinará fácilmente lo que puede resultar, y lo que resultará de seguro de discusiones de esta naturaleza. Cada una de las cuestiones arriba mencionadas es una prenda de concordia que envia el partido del orden al campamento republicano, y una manzana de discordia que envia Dios al campamento del orden. En efecto, no hay quizás cuestion ninguna de las que la Asamblea va á poner á la orden del dia de sus discusiones, en que los pareceres de los que ocupan la cresta de la Montaña no esten conformes, y los de los demas, de todo punto divididos: de donde resultará forzosamente una mayor union de los partidos socialistas, y una disolucion mas acelerada de los partidos monárquicos. Abandono á Vd. el cuidado de sacar las consecuencias de este estado de cosas.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 24 de Octubre de 1851.

Muy señor mio: Hoy me propongo dar á Vd. una idea cabal, ó tan cabal como me sea posible á lo menos, del estado de las cosas públicas en Francia, á consecuencia de la nueva actitud tomada por el Presidente de la República en estos últimos tiempos. Por el camino áspero y difícil que este acaba de emprender, lo mismo se va á parar á la gloria que á la perdición, según el paso con que se ande, y la habilidad ó la energía que se despliegue en vencer los obstáculos, y en ladear los escollos. A la hora presente, ni la Francia ni la Europa saben lo que deben esperar ó lo que deben temer de la nueva política adoptada por el Presidente de la República; ó mejor dicho, la Francia y la Europa están en una profundísima ignorancia de lo que mas les conviene, hasta el punto de poner sus temores en donde debían poner sus esperanzas, y sus esperanzas en donde debían poner sus temores.

Luego que se supo que la dimisión últimamente presentada por los Ministros habia sido aceptada, y que la abrogación de la ley de 31 de Mayo habia sido resuelta, se levantó aquí entre todos los hombres de orden un lúgubre clamoreo á manera de quejido, que pasando los términos de la Francia, se ha difundido por Europa. Los Gobiernos Alemanes muestran su sobresalto, y se aperi-

ben como si estuvieran á punto de sobrevenir eventualidades funestas. El Gabinete Inglés está como pasmado; y sin saber lo que le conviene, se muestra circunspecto, y aguarda.

La verdad es que, así propios como estraños, los hombres de orden se muestran, en general, recelosos de que la política del Presidente sea una política revolucionaria. — Pero mi intento al escribir á Vd., que no consiste solo en esponer mis opiniones, sino en esponer tambien las ajenas, para que pesando Vd. las unas y las otras, vea á donde se inclina el fiel de la balanza, me obliga á manifestarle los fundamentos de aquellas opiniones de los hombres de orden, que son contrarias á las mías.

El partido del orden dice: — «El Presidente se pierde, porque desecha nuestro apoyo, sin contar con el de los republicanos; el Presidente pierde á la Francia, porque vuelve á confiar sus destinos á las muchedumbres populares. La restriccion del sufragio universal ha sido la gran conquista del orden: el sufragio sin restriccion es una anarquía sin límites, y una revolucion permanente. La Francia entera va á caer en el abismo democrático.» —

Esto dice el *gran partido del orden*, que ni sabe lo que es el orden, ni es un partido, ni es grande: de todo lo cual, pienso yo, que ha de quedar Vd. persuadido, si tiene la paciencia de leer hasta el fin esta carta.

Lo que se llama aquí el *gran partido del orden*, está compuesto de personas que aborrecen menos á sus adversarios, que á sus hermanos y amigos: en varias ocasiones he hablado á Vd. largamente de sus rivalidades impías y de sus hondas divisiones. No volveré, por tanto, á tratar este asunto. Permítame Vd., sin embargo, observar que mal puede servir para extinguir las llamas democráticas un partido que arde en discordias, y que todo él es incendios. Dejando, empero, á un lado lo que le divide, y hablando solamente de aquello que le reúne, diré que la Monarquía Constitucional, mas ó menos conservadora, mas ó menos revolucionaria, es lo que este partido apetece: la Monarquía Constitucional es para ese partido el orden, y no concibe el orden sino bajo la forma de ese género de Monarquía. Ahora bien: como la

Monarquía Constitucional, por confesion de todos sus partidarios, es imposible de todo punto en Francia, en las circunstancias actuales; es cosa clara que, por falta de la condicion de su existencia, el orden es de todo punto imposible.

Esta consideracion bastaría por sí sola para poner á un partido fuera de juego. Los partidos políticos contraen con su patria la estrechísima obligacion de proponer remedios para sus males presentes, y el deber austero de demostrar, lo primero, que sus remedios son posibles, y lo segundo, que siendo posibles, son ademas aceptables. Bien sé que el partido del orden, en la ausencia de la Monarquía, llama orden á lo presente; pero lo presente será dentro de poco lo pasado; y lo futuro es de seguro la revolucion, si lo presente no se cambia. Tres millones de proletarios, escludos de las urnas electorales, contra el espíritu y aun contra la letra de la Constitucion, están juramentados para acudir en armas y en son de guerra á las urnas: ellos mismos lo dicen: el gran partido del orden no lo ignora: la Europa lo sabe. El mes de Mayo es mañana, y la sociedad francesa no tiene de vida sino hasta el mes de Mayo. Entretanto, mientras que la mas estrecha union bastaría apenas para que las fuerzas conservadoras de la sociedad francesa pudiesen, no digo vencer en ese tremendo dia, sino poner en balanza la victoria, todo es desunion y desconcierto y anarquía en *el gran partido del orden*: cada fraccion, y las fracciones son mil, anda en busca de un candidato: quién encarece al Príncipe Joinville; quién busca un refugio en la espada del general Changarnier; y quién, no encontrando otro mejor á mano, toma por su cuenta á Larochejacquelin, que es el candidato ridiculo, para servir como dé escolta al candidato Real y al candidato guerrero.

Si ha habido en el mundo, amigo mio, una situacion que haga necesaria la Dictadura, esa situacion es la de la sociedad francesa en las circunstancias actuales. El Presidente lo ha comprendido así; y á lo que va y á lo que aspira, es á esa Dictadura salvadora. Las condiciones, empero, de la Dictadura son, como Vd. conoce, diferentes de las condiciones de la Monarquía; el Rey recibe la autoridad de su padre, y el padre del Dictador es el pue-

blo. Llamar revolucionario y anárquico á un Dictador porque busca su fuerza en las regiones populares, es una cosa indigna hasta de tomarse en cuenta, por estravagante y absurda. La autoridad pública, llámese Dictadura, llámese Monarquía, recibe siempre de otro su fuerza: cuando ese otro no es un ascendiente, ese otro es todo el mundo. La revolucion y la anarquía están en dividir con todo el mundo el poder, en conferir á todo el mundo el gobierno: no hay, empero, revolucion ni anarquía en convidar á todo el mundo para que elija al que, una vez elegido, ha de mandar á todos. Yo tengo motivos para afirmar que esto último es lo que se propone el Presidente de la República.

Si es cosa fácil averiguar de parte de quién está la razon, no es igualmente fácil adivinar por quién quedará la victoria. Mi opinion particular en este punto es, como Vd. ya sabe, que el tiempo favorece las cosas de la revolucion, y va cercenando las esperanzas del Presidente. Yo no me atreveré á decir si el tiempo del Presidente pasó ya, ó si todavia no ha pasado: en mi sentir, el Presidente ha cometido un grave error en no tomar el poder, disolviendo por un golpe de Estado la Asamblea, y en no convocar al pueblo á las urnas electorales. En general, los pueblos rehusan el poder que se les pide, y confirman el poder que se les toma. Lo que sé, es que para la Francia no hay salvacion sino en la Dictadura: que en Francia no hay Dictadura posible, y menos dictadura durable, si no viene del pueblo, y si no se apoya en el pueblo: y por último, que todo poder, Dictatorial ó Real, que busque su punto de apoyo solamente en las clases acomodadas, es un poder perdido. Los límites naturales de una carta no me permiten entrar en esta árdua materia: me contentaré con decir que la última revolucion ha sido una revolucion hecha, y la última victoria una victoria ganada por las clases ignorantes contra las clases literatas, por las clases bajas contra las clases medias, por los hombres de accion contra los hombres de tribuna, por las clases que tienen necesidad de obedecer contra las que tienen la comezon de mandar, por las clases rudas contra las clases discutidoras. El Gobierno de las clases vencidas es el Constitu-

cional; el de las vencedoras ha sido, es y será perpétuamente, una Monarquía civil ó una Dictadura militar: jamás los pueblos han obedecido gustosos sino á un Dictador, ó á un Rey absoluto. Ese me parece en definitiva el significado de la revolucion de Febrero; en eso es en lo que la revolucion me parece incontestable, invencible. Es posible que, andando el tiempo, vuelva en Francia la Monarquía: lo que me parece imposible, es que vuelva con las instituciones Constitucionales; lo que me parece imposible, es que vuelvan á rehacerse las falanges dispersas de las clases acomodadas, en cuya preponderancia se funda el complicado y vasto edificio de esas instituciones. La revolucion de Febrero es á las clases medias lo que la de 1789 fué á las clases aristocráticas: y de la misma manera que la Restauracion volvió sin una verdadera clase de Nobles; la Monarquía, si vuelve ahora, volverá sin una clase media preponderante y gobernante. En esto no hay nada de contradictorio, y al revés, hay mucho de conforme á las evoluciones compasadas y progresivas de la historia.

Lo que sucederá en Francia, ¿quién lo sabrá decir? Pero yo puedo decir, y no es poco, lo que no ha de suceder, suceda lo que suceda. La Dictadura es posible, la anarquía es posible, la guerra civil es posible: el Socialismo, el Comunismo, los sistemas mas extravagantes y absurdos pueden venir á manera de inundacion sobre la Nacion Francesa: la Monarquía, andando el tiempo, no es imposible tampoco; si otra cosa no, la harian posible los desastres. Lo único que no es posible, es lo que hasta ahora se ha llamado *Gobierno Constitucional*: lo único que no es posible, es la preponderancia pacífica y organizada de las clases medias. No hay revolucion ninguna que no haga imposible alguna cosa, y esa es la cosa que la revolucion de Febrero ha hecho imposible. Cuando yo me pongo á considerar que esta es precisamente la ocasion escogida por el partido legitimista para levantar hasta las nubes las instituciones nacidas de la revolucion hecha y de la victoria conseguida por las clases medias en 1789, quedo como atónito en presencia de ceguedad tan incurable. Ese desventurado partido, el mejor entre los monárquicos, ha estado condenado siempre á ignorar con

una invencible ignorancia el significado de las revoluciones y las grandes enseñanzas de la historia: en 1789 hicieron bancarrota las aristocracias; y entonces todo él era aristocrático: en Febrero han hecho bancarrota las clases medias con todas sus instituciones; y desde entonces ese partido desventurado no hace otra cosa sino hacer señas de inteligencia, requerir de amores á las instituciones de las clases medias: si por acaso llega un día en que se vuelva democrático, puede Vd. estar seguro de que al día siguiente hará bancarrota la democracia, y de que por una contra-evolucion de los tiempos, volverán á aparecer los siglos feudales.

Para concluir por la crisis ministerial, diré á Vd. que, considerada en sí misma, no significa nada, y que no tiene importancia ninguna: la importancia que se le da, es una reminiscencia, y nada mas, del régimen parlamentario: en este sistema, son los Ministros un verdadero poder, que procede, á un tiempo mismo, de la Corona y de los Cuerpos Colegisladores: su encargo especial, y hasta cierto punto, augusto, es evitar las colisiones entre los grandes poderes políticos, siendo á manera de mensajeros de paz entre todos ellos. En el sistema republicano, el Ministerio es otra cosa. En Francia no hay, por la Constitucion, sino un solo Ministro, y ese Ministro es el Presidente, responsable é irrevocable á un mismo tiempo. El Presidente y la Asamblea son dos poderes independientes entre sí, que no tienen necesidad de dirigirse, sino en ocasiones muy raras, ni palabras de paz, ni palabras de guerra, ni palabra ninguna. La eleccion de los Ministros que han de servir al Presidente, Ministro único de la Francia, no pasa de ser, hasta cierto punto, una cosa doméstica. La costumbre en que los Ministros están de asistir á las discusiones de la Asamblea, y de tomar en ellas parte, es la prolongacion de la costumbre Constitucional, la cual no está en armonía con las nuevas instituciones. Esto sirve para explicar por qué no entra ya en ninguno de los Ministerios ningun orador famoso, y ningun hombre de Estado. Todo eso es aquí historia antigua, y pertenece á las vejezes parlamentarias.

Siendo este el estado de las cosas, la prolongacion de la crisis no produce alarma ninguna: una crisis ministerial aquí es lo